

## Wotan

Sergio Alejandro Amira & Cristián Alcamán

a José Luis Álvarez López

Estoy en la proa del buque en medio de una fría noche sin luna ni astros, navegando a ciegas en medio de la nada. Me siento como Odín mientras contempla el borde del abismo sin fondo situado entre *Niflheim*, el brumoso país de los hielos; y *Muspellsheim*, el mar de flamas furiosas.

Si bien no puedo ver más allá del punto donde las aguas y el cielo se funden en una gruesa e impenetrable manta de alabastro no estoy ciego. Si perdí un ojo fue a cambio de obtener la sabiduría, tal y como el antiguo dios de mis antepasados.

El surco en mi cara delata la verdad. ¿Cuántas veces callé ante la pregunta de cómo llegó a marcar mi rostro semejante cicatriz? Yo sólo recuerdo aquella noche de viento y lluvia furiosa. ¿Qué más se podía hacer en plena frontera entre Cerro Sombrero y el Cabo Espíritu Santo que aguantar el temporal carneando un capón herido por la borrasca de la semana pasada y debiendo whisky contrabandeado?

Esa noche comenzamos el rancho en silencio, la jornada de arreo había sido más larga y agotadora que de costumbre y estábamos exhaustos. El único sonido que acompañaba nuestra bucólica cena era el de la ráfaga que violentamente azotaba el puesto. El Negro, una vez terminado su plato y al parecer aburrido del mutismo imperante, encendió la vieja radio que nos acompañaba durante las extensas noches invernales. Generalmente sólo agarrábamos la emisora de Tierra del Fuego que luego de transmitir los avisos a la comunidad tocaba milongas y tangos.

—¡Radio conchesumadre! —protestó el Negro ya que sólo conseguía sintonizar estática.

—Olvidálo, Negro —le dijo el Cheuque—. Con la ventolera que hay de seguro se les cayó la antena. Mejor cantáte algo. Cantáte *Carlöncho Tanguito*.

—Siempre cantan la misma cancioncita —protesté al comprobar que el Negro se disponía a complacer al Cheuque.

—¡Cantáte una vos entonces, Gringo! —me reprochó Cheuquelaf.

—Este no canta ni mierda —dijo el Negro y se largó: *Quando voy a ese café / donde la barra me espera / todos me dicen: “Qué hacé?... / somos todos calaveras.” / Y nos pasamos las horas / entre el billar y charlar/ de fútbol, minas y tango / o de la cuestión social...*

Cuando llegaba a la parte del coro, al Negro se le sumaba Cheuque y juntos vociferaban: “*Carltoncho, yo paso cantando bajito/ Carltoncho, que-que-que hasta me dicen Carltoncho Tanguito...*”. Cantaban tan fuerte esos dos que los perros se ponían a ladrar y la caseta parecía a punto de desplomarse sobre nosotros.

—*Esquius mi, repito mi presentación / yo soy Carltoncho Tanguito un porteño flor y flor* —terminaba rematando el Negro. Cheuque como de costumbre y por puro molestar agregaba: “Un porteño maricón” en la última frase para luego recibir el acostumbrado coscorrón en la cabeza por parte de su amigo.

Tenía una voz privilegiada el Negro, le gustaba la ópera y decía haber cantado en una orquesta cuando joven. No sabía tocar la guitarra pero ni falta que le hacía, su voz era su mejor instrumento. El Negro era del norte, de padre argentino y madre chilena, decía haber nacido en Jujuy antes que su familia emigrara a Antofagasta. Se mandaba solo desde que su madre muriera cuando él tenía nueve años. Su padre lo dejó al cuidado de unas tías, pero el Negro pasaba escapándose hasta que a los quince años se fue a trabajar a los ferrocarriles y no volvió más. Según el Negro ya medía un metro noventa y ocho a esa edad, aunque no cargaba con los ciento dos kilos que pesaba cuando le conocí. El Negro aprendió el arte de la soldadura, y fue así como llegó a Magallanes, cómo soldador de buques. Estaba a punto de embarcarse para Venezuela cuando conoció a su mujer y se quedó en Punta Arenas. Los suegros del Negro, que eran gente adinerada, no lo querían, pero a él eso no le importaba y a su señora tampoco. De todas maneras el Negro se metió en el negocio familiar y amasó fortuna en pocos años. Pero lo dejó todo como yo, incluyendo a su pequeña hija, y se vino a la Patagonia tras la muerte de su mujer a causa de una enfermedad extraña. Siempre decía que la pampa patagónica le recordaba la de su infancia en Antofagasta.

En ocasiones cuando estaba pasado de copas, el Negro decía que la muerte de su amada esposa era culpa suya, que estaba maldito, que lo perseguía un demonio que mataba a todas las mujeres que él quería. Que por eso había dejado a su hija con sus abuelos y se marchó, que por eso jamás volvería a amar a mujer

alguna. Esas eran las diatribas del Negro, ¡si supiera con la clase de demonio que compartía el rancho ahora!

Cheuquela era el mejor amigo del Negro y sobre su vida no hablaba mucho. No había nadie que manejara el facón con mayor destreza que él, en los concursos de esquila solía resultar vencedor y pese a que no le gustaban los revólveres tenía una puntería condenadamente buena. El Negro me confidenció como si fuese gran cosa que el Cheuque había cumplido condena por echarse a un pajuerano en una pelea con cuchillos, y que actualmente andaba prófugo por haber matado a otro infeliz que lo había mirado feo. “Oye Gringo, ¿has visto las cinco marcas que tiene en su empuñadura el cuchillo del Cheuque?”, me preguntó alguna vez el Negro, “sospecho que ahí lleva la cuenta de los finados”.

A veces me parecía que el tiempo no pasaba, que estaba estancado en un eterno presente donde se repetían una y otra vez las mismas cosas, los mismos paisajes, las mismas anécdotas, las mismas milongas del Negro. ¡Qué lejanos parecían ya mis primeros días por estas tierras!, era como si hubiese nacido y vivido toda mi vida en este sur indómito cuando en realidad había llegado desde Inglaterra en 1897 tras fingir mi muerte. Porque han de saber que mientras mis enemigos perseguían un señuelo a bordo del Czarina Catherine, yo penetraba en la región de Magallanes desde el Atlántico en el vapor Serapis de la línea Kosmos.

El capitán deseaba seguir viaje el mismo día de mi arribo por lo que fui trasladado junto a mi ridículamente voluminoso equipaje en medio de la noche oscura de la rada a tierra. El representante de la línea Kosmos, el señor Walter Curtze, un hombre muy apreciado por la colonia alemana, estaba esperándome. Si el viaje a tierra había sido difícil, el dificultoso camino hacia mi alojamiento a través de un barreal en una noche sin luna se convirtió en toda una odisea para mis acompañantes y para mí mismo obligado a disimular afección para no delatarme como una criatura eminentemente noctívaga. Al día siguiente pude contemplar el único camino pavimentado de toda Punta Arenas, la calle principal. Mi alojamiento se encontraba en la casa de huéspedes de la firma Wahlen, una de las dos grandes casas comerciales alemanas establecidas en la zona.

Mi apresurada salida del puerto de Doolittle no me brindó la oportunidad de estudiar a fondo el sitio que pretendía hacer mi residencia como sí hice antes de mudarme a Londres, pero había escuchado algunas cosas y debo decir que al llegar a Punta Arenas cambió bastante mi opinión sobre la ciudad, las más de las veces en

sentido favorable. Punta Arenas era la única ciudad y sede gubernamental de las regiones, en su mayor parte sin cultivar, de la Patagonia occidental y del sur de la parte occidental de Tierra del Fuego y por lo tanto gozaba de ciertos privilegios así como de liberación total de derechos de aduana y franqueo para la correspondencia dentro de Chile. La ciudad había sido planificada a base del sistema de cuadras y las casas eran exclusivamente construcciones de madera de un piso, con techos de planchas onduladas de cinc. La población era de unas 2.000 almas y se dividía en tres clases: a la primera pertenecían los chilenos del gobierno, los oficiales de la cañonera y los sacerdotes. La segunda clase estaba constituida por europeos inmigrantes burgueses como yo: comerciantes, artesanos y estancieros; en primer lugar figuraban los alemanes, después los ingleses y luego los representantes de otras naciones europeas. A la tercera clase pertenecían los eslavos austriacos o dálmatas que buscaban su suerte como buscadores de oro. Con tanto europeo supersticioso y temeroso de Dios dando vueltas por estos lados supe desde un principio que debía mantener mis actividades en secreto si no deseaba otra cacería.

Invertí los recursos económicos que me quedaban en la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y durante varios años gocé de riquezas y respeto, pero había algo allá fuera, salvaje y primigenio que me llamaba... Al principio lo atribuí a mi alimentación en base a los indígenas locales de sangre fuerte y vigorosa, no puedo negar que para mí esta gente no era distinta a las ovejas o las vacas, pero con el tiempo fui conociéndoles mejor y llegué a lamentar su inexorable destino.

La única mujer que despertó en mí un sentimiento parecido al amor fue precisamente aquella indígena de cabello blanco como la nieve que le arrebaté al famoso forajido Gregorio Azócar, quien a su vez la había raptado a su marido aónikenk. Azócar consiguió dispararme tres tiros de carabina en el pecho antes que de un zarpazo le arrancara la cabeza de los hombros. Pero no por estar en tan alejadas tierras la cosa iba a ser fácil, como aprendí luego. El subdelegado de Porvenir puso a cargo de la investigación del homicidio triple a un inspector de policía de apellido Sepúlveda y dos guardianes. Tuve que huir a Argentina mientras se calmaba el asunto y eventualmente mi nuevo enemigo desvió su atención a la captura de Butch Cassidy y su socio el Sundance Kid a quienes finalmente abatió a tiros en los campos de Tres Pasos en Última Esperanza. Era un tipo peligroso ese Sepúlveda por lo que decidí eliminarlo discretamente antes que se convirtiera en una verdadera amenaza como el maldito holandés que me obligó a huir de Inglaterra.

Los vaqueros se habían confiado, se habían hecho demasiado visibles y la ley había terminado por echarles el guante encima. Yo no podía cometer el mismo error, debía ser invisible como el horla que atormentaba al negro.

Los bramidos del Cheuque anunciando que había conseguido captar la emisora me sacaron de mi ensimismamiento. A esa hora repetían los avisos de utilidad pública y escuché al locutor anunciado el fallecimiento en Puerto Harberton de don Saturnino Gallardo Oyarzún, chilote de Chonchi que conocí cuando trabajé de peón en la estancia El Cóndor en los años treinta. Saturnino, que había muerto a la 'avanzada' edad de ciento y un años, era famoso por sus dotes de vidente. La última vez que nos vimos me aconsejó pedir perdón para sanarme, de lo contrario en mi otra vida iba a pagar todas mis deudas. No pude sino reírme a carcajadas del sermón de Saturnino, no había cura para mí y poseía la certeza que tras la muerte sólo existe un abismo sin fondo, ese *Ginnungagap* que conozco tan bien y que ya en una ocasión me tragó para luego vomitarme con asco.

Propuse un brindis por el finado Saturnino y luego cortamos la baraja de naipes español. Afuera reinaba la escarcha con su brillo de frío, con su repelente manto de espejo...

A eso de la medianoche, antes de irnos a dormir, golpearon a patadas y con fuerza; Cheuque abrió extrañado y con sigilo mientras el Negro ponía cerca la calibre 22 que guardaba debajo del catre. Era nada menos que el choro Esparza.

Esparza venía de Curaco de Vélez, de la Isla Grande. Se vino para el sur buscando mejores horizontes, como todos. Era bueno para sumergirse en las heladas aguas, mariscaba como ninguno y era famoso por su verso, le gustaban sobretodo las coplas y se sabía miles como: "*Hay putas que andando paren / y se tiene por doncellas / cuantas veces las he visto de espalda / contando estrellas*", o "*Ahijuna canejo / esto es cosa y es cocina / garrocha quieren los bueyes / picana quieren las chinas.*" Y cómo olvidar: "*Ay pucha y puchana dijo una santa mariana / que si se muere mi suegra canto hasta pasa'o mañana.*" Si uno las repetía en frente de Esparza se enfurecía como si uno estuviese robándole algo de su exclusiva propiedad.

Venía envalentonado Esparza, quería celebrar el nacimiento de su primogénito:

—Será como mi paire, de nombre antiguo —anunció con el pecho henchido de orgullo—. Ya le dije a mi soberana esposa que lo llame Diomedes, como mi viejo lobo de mar, que en paz descanse.

—Como el feroz capitán de lo aqueos que recibe la *aristeia* —dije.

—¿La aris-qué? —preguntó Esparza.

—*Aristeia*, una oportunidad para demostrar valor individual en el combate. Está en la *Iliada*, ya saben, la Guerra de Troya... —Mis amigos se encogieron de hombros y me obsequiaron esa mirada de “ya está hablando hue’as raras el gringo” a la que me tenían tan acostumbrado—. Mejor voy por el poncho —sentencié.

Nos fuimos a galope al pueblo más cercano, a unos treinta kilómetros. Pese a cabalgar envuelto en mi preciado quillango de doce pieles el frío calaba mis huesos y me obligaba a combatirlo con un sorbo esporádico a la petaca de agua ardiente que cocía mis entrañas azotándome como espuelas de plata. Mi resistencia ya no era la de antes y había envejecido un año por cada década que llevaba alimentándome exclusivamente de sangre animal. Pero debía guardar las apariencias, incluso en un lugar tan alejado como este debía ser cauteloso.

Entramos guapeando con la cinta al clandestino de don Héctor Aguilar. En Cullen ni el diablo se aparece y ese quilombo era lo único que daba vida al pueblo. Yo me fui calladito al rincón más oscuro, para pasar desapercibido y evitar los espejos.

El bailongo estaba que ardía, los parroquianos se miraban de reojo armando cahuín y las minas te miraban el cocodrilo cuando pagabas el primer trago. El farol se había roto por la ventolera y la tía Zorka abría los fuegos con la primera corrida, afuera la helada empezaba a caer y el viento puelche arrastraba nubarrones negros desde el norte. Cheuquelaf y Esparza subieron con tres minas a los privados vendiendo antes su alma al maluco para descargarse. Yo me quedé disfrutando de un pisco peruano que a escondidas me daba Brunilda mientras el Negro cantaba para su improvisado público.

Desde la primera vez que vi a Brunilda, la más joven y hermosa de las artistas del quilombo, me hizo ojitos pero yo no quería más líos de faldas. Ya suficientes había tenido durante mi larga vida y si bien su blanco y esbelto cuello despertaba en mí aquella antigua sed los riesgos implicados no valían la pena. “Más vale beber de cien ovejas que secar a una puta” me decía a mí mismo mientras intentaba ignorar a

Brunilda que pese a su sobrecargado maquillaje no conseguía esconder su escasa edad, aunque ya contara con más experiencia que una mujer hecha y derecha.

Esa noche, sin embargo, había algo diferente en ella, la vi más mujer, más insistente y terminamos en el catre. En dos ocasiones estuve a punto de morderle el cuello, dominado por la antigua sed pero logré contenerme.

Eran las cinco de la mañana cuando desperté con Brunilda a horcajadas sobre mí y un intenso dolor en el rostro. La muy puta me había rajado la cara con un cuchillo mientras me gritaba “perro conche tu madre”. Estaba a punto de clavarme la mortal hoja de plata en el pecho cuando como una muñeca rota se me derrumbó encima. Por la puerta del dormitorio pude distinguir al Cheuque empuñando la 22 del Negro.

Brunilda, cuyo verdadero nombre era Inés, no había hecho más que vengarse de una que le debía ya que resultó ser nada menos que la hija de la última mujer que tuve a la fuerza. Su madre, de apellido Bradasic, era una mujer bellísima que conocí en San Sebastián una década antes de aquella noche. Llevaba un considerable tiempo de abstinencia y pensaba que no existía mujer alguna que me obligara a quebrantar mi voto, entonces apareció Sandra y tal como me ocurrió con la indígena que le arrebaté a Prado, tuve que hacerla mía. Mas cometí un error impensable: si bien maté al marido de Sandra que dormía junto a ella, perdoné la vida a su hija. Después de todo, ¿qué amenaza podría representar para mí una pequeña de tres años que arropada en su cunita nunca se despertó de su infantil sueño? ¡Idiota!, debí hacer caso aquel viejo dicho sobre matar a un bebé en la cuna... Pero fue para mejor finalmente, no hay peor necio que el que no quiere ver y pese a estar ahora tuerto distinguía con perfecta claridad mi presente, y mi futuro. Todo gracias a Brunilda que con su furia logró sacudir la modorra que se había apoderado de mi debilitado cuerpo carente de alma.

Dejé en las estepas patagónicas aquella patética existencia de más de medio siglo y con mi ceguera a medias y mi cara cortada cruzo ahora el océano de vuelta a Europa. “*Tras de mí y contra el oleaje rugiente / chocando sus cascos cabalga la muerte*”. Esa es una copla que le hubiese gustado al choro Esparza.